

Brígida Pastor

El discurso de Gertrudis Gómez de  
Avellaneda: identidad femenina  
y otredad

Introducción de Nara Araújo

Cuadernos de *América sin nombre*

## Índice

Introducción .....	9
La expresión feminista en la Cuba del siglo XIX: La mujer escritora .....	15
Autobiografía y discurso estratégico: La escritura ginocrítica .....	47
Discurso de marginación híbrida: Género y esclavitud en <i>Sab</i> .....	87
Discurso identitario femenino en <i>Dos mujeres</i> ...	117
Bibliografía selecta .....	151

## *Introducción*

Gertrudis Gómez de Avellaneda que en 1836 dejara Cuba, su patria natal, para ir a vivir a España, pagó tempranamente el precio de ser diferente. Si recién llegada a Galicia, con veintidós años, provocó la sorna de sus familiares que la llamaban «la doctora», porque leía a Juan Jacobo Rousseau y no hacía calceta, para los escritores con quien compartió el escenario de las letras españolas de mediados del siglo XIX, Tula (como así la llamaban sus familiares) resultaba masculina. Ni siquiera José Martí, su iluminado coterráneo, pudo escapar a los modelos predominantes.

Si Avellaneda no pudo entrar en la Academia de la Lengua Española, por ser mujer, y la admiración que suscitaba se atribuyó a que era «mucho hombre esta mujer», para Martí, había «un hombre altivo, a las veces fiero, en

la poesía de la Avellaneda...». En la reseña al libro *Poetisas americanas*, que publicara en la *Revista Universal* de México (28.8.1875), bajo el pseudónimo de Orestes —dos años después de la muerte de Tula—, al comentar los poemas de autoras hispanoamericanas —de México y Cuba, Chile y Colombia—, Martí coloca en el centro la obra de aquellas que fueron dos de las mejores poetisas cubanas de todos los tiempos, Luisa Pérez de Zambrana y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Trataba de decidir cuál «poesía femenina» era mejor de acuerdo con los siguientes presupuestos: si era poesía femenil debía expresar a la mujer; si expresaba a la mujer, debía mostrar ternura, sufrimiento y pureza. Bajo la influencia del positivismo, Martí estableció un nexo entre el físico y las características subjetivas del ser humano: «No hay mujer en Gertrudis Gómez de Avellaneda; todo anunciaba en ella un ánimo potente y varonil; era su cuerpo alto y robusto, como su poesía ruda y enérgica...». En este modelo, si los versos de Avellaneda eran «soberbiamente graves», se debía a su constitución física.

Tula era alta y robusta y poseía al parecer, el don de la facundia; era decidida en sus relaciones con el sexo opuesto y en su *Autobiografía* y *Cartas*, dedicadas al timorato Ignacio de Cepeda, se muestra conquistadora. Con desenfado se presenta a sí misma como un ser apetecible, que vive un vacío sentimental, en particular de las figuras masculinas (abuelo y padre amados; padrastro y hermano, antagónicos). Menudo susto tendría Cepeda al

leerlas, pues en aquella época el hombre debía conquistar con la palabra, como Don Juan, mientras que de la mujer se esperaba la insinuación y el silencio; los ojos detrás del abanico, el pañuelo blanco oliendo a lavanda y dejado al azar, y la sonrisa esquivada tras la verja.

Poetisa grandilocuente, aún cercana al clasicismo, Avellaneda osó hacer carrera en terreno de hombres. En sus textos, la Peregrina, como ella gustaba llamarse (por lo de extranjera y errante), asumió una postura que hoy calificaríamos de un feminismo liberal. En un tiempo en que la marginalidad era asunto de interés literario, y en que el romanticismo exploraba el universo de los excluidos y sojuzgados, Avellaneda combatió la hipocresía con enfado y humor, y construyó personajes que ansiaban su liberación en historias de bandidos y esclavos, mantenidas y malcasadas, y artistas.

Avellaneda vivió en un tiempo en el cual el sentimiento y la superioridad espiritual se opusieron al prosaico mundo burgués, y el antagonismo se expresó en el aislamiento o en la rebeldía, en la comunicación con la naturaleza o en el retorno al pasado, en la defensa de la libertad y la aspiración al mejoramiento humano. Sufrió los prejuicios y convencionalismos como mujer que pretendía vida propia y carrera profesional. Las desilusiones, las incomprensiones familiares y los engaños alimentaron una *weltanschauung* donde la sociedad humana era cuestionada.

Incluso con estas tristes certidumbres, Tula logró insertarse en el difícil panorama de las letras españolas, traba-

jando con denuedo, durante veinte años, pues la escritura era impulso y refugio. Escribía de madrugada, componía más de una obra a la vez, pasaba del poema a la pieza teatral, del drama bíblico a la comedia, de la novela sentimental a la novela histórica. Esta entrega a la escritura, sin concesiones, iba acompañada de una complicada y no siempre feliz vida en pareja. La temprana muerte de su hija, tenida fuera de una relación estable; su amor, no correspondido, por Cepeda; los sucesivos matrimonios, la muerte de su esposo Verdugo —que no fue su verdugo—, la condujeron quizás, al final de sus días, al asidero religioso, y a no incluir en sus *Obras completas* aquellas obras que, como *Sab* y *Dos mujeres*, resultaban transgresoras.

La autobiografía y las cartas de amor de la «franca india» al tibio galán, puestas en circulación por la viuda de Cepeda, más de veinte años después de la muerte de Tula, permitió una relectura de sus libros, y reveló una faceta ignorada de su personalidad. En un acto encomiable, Cepeda, el destinatario explícito y privilegiado de aquellos discursos, no cumplió la exigencia de la remitente, y como Max Brod con los papeles de Kafka, no los lanzó al fuego. Signo extraño el de estas páginas que finalmente unían el nombre de Avellaneda, para siempre, con el de Cepeda.

En estas páginas, que suscitaron un renovado interés por su algo olvidada obra, junto a la fuerza de la pasión, la estrategia razonada modela un personaje carente de amor y presto a amar, por más que se insista en el ofrecimiento de amistad. En esta maniobra, el arma seleccio-